

LA CAÍDA DE LAS HOJAS.

SI solo una vez habeis recorrido los campos, os habréis recreado contemplando los bosques en que cada árbol ostenta lustroso y espléndido follage, vuestra vista habrá gozado con la variedad de colores y de formas de las hojas; habréis mirado la brillante del naranjo y del limonero, la menuda del fresno, la plateada del álamo, la melancólica del saúz, los penachos del mango, los abanicos del plátano, y toda esa multitud que presenta un suelo eshuberante y fecundo en dones de la Providencia. ¡Qué apacible es la sombra del ramage cuando la frente sufre los ardores del sol! ¡Qué bello es el gemido del viento de la tarde que vaga agitando blandamente las ramas de los árboles! ¡Qué poesía hay en mirar los moribundos rayos del sol, penetrar apénas por entre la espesura de las selvas á la hora de las meditaciones y de los dulces pensamientos! Y ese verde de las hojas se embellece, cuan-

do lo esmaltan las flores balsámicas y brillantes, las rosas de mil colores, los girasoles de garbosos tallos. . . . Entónces se escuchan las melodías de las aves, de esos cantores de las florestas, que en cada uno de sus gorgeos y de sus trinos parecen espresar un sentimiento delicado. . . .

Despues de haber contemplado todas esas escenas llenas de encanto, si habéis gozado de la verdura y de la sombra, escuchando los mil murmullos de la naturaleza, el zumbido de los insectos, el silbar de las culebras, la voz de los arroyos y de los torrentes; si todo esto ha producido en vuestra mente hermosos y blandos pensamientos, si entónces habeis gozado de los mil tesoros que encierra la memoria de la pasada felicidad, si habeis soñado con un halagüeño porvenir, y habéis dejado que la imaginacion se lance en poderoso vuelo á regiones deslumbradoras y poéticas, y si despues de todo esto, volvéis á contemplar los bosques en el otoño, cuando el follage está ya tostado y amarillento, entónces no podréis dejar de experimentar una emocion de tristeza, emocion dolorosa, profunda, porque es mirar la ancianidad con sus cabellos blancos y sus feas arrugas, en la frente de la muger que ayer inspiraba amor y voluptuosidad, porque es lo mismo que encontrar arruinada la ciudad que vimos llena de vida, y engalanada de templos y de plazas, que mirar el lujo del sarao y las pompas de la tierra convertirse en cementerio.

El color de las hojas ha cambiado; su lustre se ha eclipsado, la elegancia de sus formas se ha perdido; mústias y amarillentas, el mas ténue viento las arranca del tronco, ó caen á la tierra convertidas en polvo. . . . se rompen en el suelo, las devora el insecto que temblaba al escuchar su murmullo

en mejores días, y el ruido que forman al caer, al chocarse, es monótono y cansado, es un sonido triste que parece una lamentación, una queja de los árboles que miran ir perdiendo poco á poco su pompa y su belleza. Y las hojas siguen cayendo á cada soplo del viento, siguen cubriendo la tierra é inspirando tristeza al hombre que vaga buscando en vano la hermosura indefinible de los campos, hasta que todos los árboles quedan desnudos, con sus ramas secas y repugnantes, sin lugar para el nido de la golondrina que huye de ese cuadro de desolación, sin dar una sombra benigna al viajero cansado y lánguido á quien nada protege de los calores del día. No hay ya belleza, ni verdura, ni flores, ni susurros misteriosos, ni colores brillantes al morir el sol; los troncos y las ramas se dibujan en sombras fantásticas como esqueletos colosales, como espectros caprichosos y estraños. . . . Al ver este cambio, al mirar las selvas convertidas en estacadas, nos entristecemos, sufrimos, porque la vida, la animación de la naturaleza, tiene una influencia irresistible en nuestras ideas y en nuestros sentimientos. Recordamos entónces que todo en la tierra está sujeto á mudanzas estrañas, interminables, que lo mismo que los bosques pierden su verdor, el hombre pierde sus ilusiones de felicidad, la infancia su inocencia, la juventud sus creencias, la muger su candor y su virtud, el poeta sus armoniosas inspiraciones. . . . ¡Qué triste es pensar que nada hay estable, que lo que mas amamos es tan perecedero como la mas menuda hoja de un arbusto, que nosotros mismos desaparecemos de la tierra haciendo ménos ruido que el follage que se seca y se marchita!

¶ Pero pronto esos troncos descarnados, secos, espuestos á la

intemperie, que serán cubiertos de nieve en el rigor del invierno, al sentir el hálito vivificador de la primavera, recobrarán su hermosura. El hombre es verdad que no recobra jamas sus creencias perdidas, pero despues del infortunio suele para él lucir el iris puro de la esperanza y de la fé, que hacen entrever una ecsistencia mejor.

Durante la caída de las hojas, miéntras pasa esa escena tristísima en medio de los campos, los árboles á medida que pierden hermosura, sazonan sus frutos ó esparcen la simiente que los perpetúa en la tierra. Así, tambien, cuando se amortigua el brillo de la imaginación, es mas profundo el raciocinio y luce mas pura la verdad; pero despues de mirar caer una á una todas nuestras ilusiones, no queda á veces mas que el desencanto y la desesperación, el dolor que desgarrá el alma, y que no alivia ni una lágrima, porque despues de mucho sufrir ya no se puede llorar.

He gustado siempre de las contemplaciones en medio de los campos; he amado los paseos solitarios, y siempre he encontrado placeres ó consuelos en las escenas variadas de la naturaleza; pero siempre que he visto la caída de las hojas, han pasado por mi mente tristes pensamientos, ideas lúgubres, y mi corazón ha sentido emociones dolorosas, porque esa escena se asemeja mucho á la miseria humana, á lo que vale todo lo que seguimos con tanto ardor, consumiendo nuestra ecsistencia, para perderlo en un instante como hoja seca que arrebatá el viento para romperla y reducirla á polvo. . . . á nada.

A MI LIRA.

SUSPENDE tus sonidos,
Acorde y dulce lira,
Que el llanto de mis ojos
Con tu trinar escitas.

Olvida esas canciones
Que divertir solían
A la que en otro tiempo
Mis delicias hacía.

¿Qué sirven de tus cuerdas
Las gratas armonías,
Si estando ausente Laura
No puede percibir las?

Pasaron los instantes
En que tu voz ¡oh lira!
Competir con el canto
Del ruseñor podía.

Yo era feliz y entónces
Mirando el alma mía,
Inspiraciones gratas
Me daba su sonrisa.

Y aquella blanca frente
Y rosadas megillas,
Y aquellas sus miradas
Amantes y espresivas.

Volaron esos goces,
Pasaron esos días,
Cual pasa por el éter
Veloz la nubecilla.

¡Pasaron...! entretanto
Que vuelven esas dichas,
Olvida esos cantares
Que solo amor respiran.

Hoy que mi pecho siente
Dulce melancolía,
La voz de mi tristeza
Será la tuya ¡oh lira!

Tararon los instantes
En que tu voz se oia
Concertar con el canto
Del misero pedin.

Yo era feliz y entusaca

EL PUDOR.

Me daba en convida

Y aquella blanca frente

Y rosadas mejillas

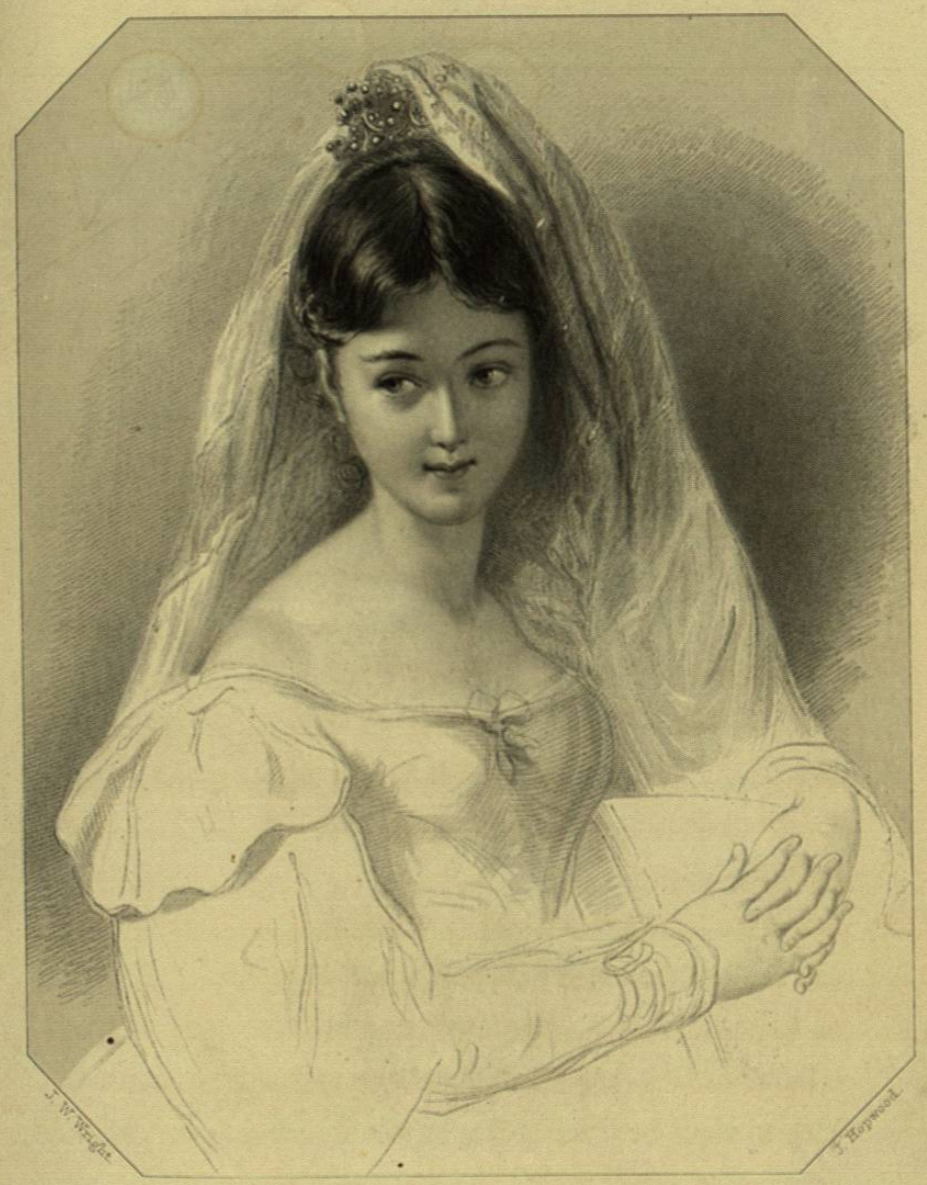
(FRANCISCA.)

Y aquella boca miraba

Anuncios y expresiva

PARA que la belleza cautive los sentidos é interese al co-
razon, necesita del poderoso atractivo del pudor. El pudor
hace que la muger se sienta conmovida de una mirada, como
se estremece la sensitiva al contacto de cualquier cuerpo es-
traño, las mejillas se tiñen de rosa, los párpados se inclinan
porque un instinto secreto hace comprender que en una mi-
rada puede haber algo que ofenda la virtud, algo que man-
che la pureza del alma.

La infancia es sencilla, cándida y confiada, los niños no
saben ni siquiera si son bellos; la juventud conoce sus propios
encantos, los conoce y los teme como un incitante al mal, co-
mo un peligro para el candor y para la virtud. Las almas
jóvenes adivinan vagamente cuanto puede empañar su pure-
za, y ese temor vago, esa estimacion de la inocencia, es la que



Francisca.

revela el pudor. ¡Qué bella es la muger cuando el pudor enciende sus mejillas lo mismo que la aurora colora la bóveda del cielo, cuando su pecho palpita agitado, cuando sus ojos se inclinan á la tierra, cuando teme su propia belleza y no quiere ni detenerse á contemplarla!

Parece que el pudor es el sello que conserva el alma de la pureza que tenía al salir de las manos de Dios, que es un resto del soplo divino que le dió vida en la tierra. La muger que pasa por el mundo sin mancilla, la que no siente el contacto corrompido de la tierra, la que mira en lontananza los vicios de los hombres, y siente dentro de sí la dignidad de su existencia, la escelencia de su alma, la esencia divina de su espíritu, esa es la muger que tiene verdadero pudor, pudor lleno de encantos, que es su propia defensa, que la hace superior á la multitud, y le atrae el respeto y la veneracion de todos los corazones generosos. El pudor es entónces un velo que da mas atractivo á la hermosura, como á veces parece mas bella la luna envuelta entre blanquísimos celages. Las mugeres sin pudor pierden todos sus encantos, desconocen su mision angelical sobre la tierra, y si cautivan un instante los sentidos, nunca pueden inspirar amor ni sentimientos delicados, pues solo dejan un recuerdo de tedio y de hastío.

¡Cuánto crecen las gracias de la esposa si siempre conserva su pudor! Su esposo encontrará en ella todos los encantos del primer amor, y siempre tendrá ella algo de los atractivos virginales, que consisten mas que en nada en la pureza del corazon, en el recato y en el candor! Si la esposa se despoja del pudor, si cree que el conocimiento del placer la debe hacer abandonar esa prenda que es la que mas valor tiene

en la muger, entónces, ¡ay de ella! será á los ojos de su esposo una vil cortesana, una criatura despreciable, indigna de gozar de pasiones generosas y del deleite que causan los afectos espirituales del corazon, en las naturalezas todas de esquisita sensibilidad.

Para ofender el pudor de las jóvenes, de esas mugeres que son tan puras como los ángeles, menester es no tener corazon, no estimar en nada las virtudes. Herir el pudor de la juventud es tan cruel, tan inhumano, como deshojar las flores de los prados, como martirizar á las aves: es arrancar al alma su belleza, es marchitar y desgarrar el corazon en que vive la virtud. ¡Mugeres! huid de los que con sus palabras ó con sus miradas violentan, mancillan vuestro pudor. Despreciadlos, porque si prestais vuestro oído, sus palabras os turbarán en vuestra dicha, en vuestra feliz ignorancia de los vicios de este mundo.

Y si tanto vale el pudor en la muger, ¿no es un extravío de la razon creer que es una cosa superflua y aún ridícula en los hombres? ¿Cómo queréis, insensatos, que vuestras hijas y vuestras esposas tengan lo que os falta? ¿Cómo pretendéis que estimen lo que mirais en vosotros con tanto desden?

Si el pudor revela la bondad y la inocencia del corazon, si es la modestia de la belleza, si es el velo conque se cubre el alma porque conoce que solo es digna del cielo; el génio y la inteligencia tambien tienen pudor, y esto consiste en que estén escentas de vanidad, en que no abriguen orgullo, sino por el contrario, sea cual fuere el esfuerzo del ingenio humano, conoce su pequeñez y su miseria, comprende que en el universo hay tanto que estudiar, que el hombre será siempre

ignorante. Nada hay tan modesto como la verdadera virtud; no necesita de la admiracion de este mundo, porque le basta la conciencia del bien, y porque ella es un don que merece la mas grande gratitud hácia Dios.

La modestia y el pudor: hé aquí el dote mas estimable, el atractivo mas poderoso de la virtud y de la belleza. La modestia y el pudor afectados son un vano oropel, porque en nada como en esto se conoce mas lo que tiene naturalidad, lo que nace del alma.

¡Mugeres! Si queréis ser veneradas en este mundo; si aspirais al respeto del género humano, y á ser siempre adoradas como ángeles, procurad conservar vuestro pudor, esa dulce timidez que os hace fuertes, ese instinto que os viene del cielo, que os hace adorables á los ojos de vuestros esposos, y casi sagradas á los de vuestros hijos.